

NACIONES UNIDAS

ASAMBLEA  
GENERAL



Distr.  
LIMITADA

A/C.1/PV.837  
7 febrero 1957

ESPAÑOL

Undécimo período de sesiones

PRIMERA COMISION

ACTA TAQUIGRAFICA DE LA 837a. SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,  
el jueves 7 de febrero de 1957, a las 15 horas

Presidente: Sr. GUNewardene (Vicepresidente) (Ceilán)

La cuestión de Argelia [62] (continuación)

Declaraciones hechas en el debate general sobre este tema por:

Sr. De jany	(Arabia Saudita)
Sr. Hanifah	(Indonesia)

Nota: El acta resumida de esta sesión, que constituye el acta oficial de la misma, se publicará en un documento mimeografiado con la signatura A/C.1/SR.837. Las delegaciones podrán introducir correcciones en dicha acta, las que serán tomadas en cuenta al prepararse la redacción definitiva, que aparecerá en volumen impreso.

57-04729

LA CUESTION DE ARGELIA (A/3197; A/C.1/L.165) [tema 62 del programa] (continuación)

EL PRESIDENTE (interpretación del inglés): Están inscritos para hablar en la sesión de esta tarde los representantes de Arabia Saudita, Francia e Indonesia.

La lista de oradores quedó cerrada, como ustedes saben, a las 13 horas. A partir de mañana es esta: Egipto, Guatemala, Ceilán, Italia, Turquía, Irak, Ecuador, Sudán, Canadá, Yemen, Bélgica, Siria, Grecia, Japón, Uruguay, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Brasil, Rumania, Nueva Zelandia, Chile, República Socialista Soviética de Ucrania, Pakistán, Tailandia, Polonia, Irán, Colombia, Nepal, República Socialista Soviética de Bielorrusia, Bolivia, Jordania, Bulgaria, Suecia, Checoslovaquia, Costa Rica, Yugoslavia, Israel, Albania, El Salvador, India, Líbano y Francia.

Doy la palabra ahora al representante de Arabia Saudita.

Sr. DEJANY (Arabia Saudita) (interpretación del inglés): No es necesario que diga que el pueblo y el Gobierno de mi país han seguido los sucesos de Argelia con gran inquietud. Esta inquietud le hemos sentido desde el comienzo del estallido más reciente del pueblo argelino por su libertad e independencia, en noviembre de 1954.

La forma brutal en que los franceses trataron de sofocar el movimiento de liberación llevó a mi delegación, a pedido del Rey Saud, a llamar la atención del Consejo de Seguridad sobre esos sucesos. El 5 de enero de 1955 mi delegación destacó ante el Consejo de Seguridad la grave situación existente en Argelia, por considerar que podía llevar a una tensión internacional y a comprometer el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales. Hicimos presente el hecho de que los franceses describían el conflicto de Argelia como una guerra pequeña.

El Ministro del Interior de Francia anunció en la Asamblea Nacional que el país tenía más de 70.000 soldados en Argelia y que esa cantidad no era muy grande para afirmar la intención francesa de mantener dicho territorio. La prensa francesa calculaba en unos 4.000 el total de los nacionalistas argelinos. El Ministro del Interior de Francia manifestó ante el Comité del Interior de la Asamblea Nacional,

que todo lo que había que negociar con los nacionalistas era la guerra y que seguirían esa negociación.

Esa fué la situación hace algo más de dos años. Desde entonces ha empeorado mucho, cada vez más y en forma rápida. Así es como hoy en lugar de una guerra pequeña existe una guerra en gran escala. En vez de 70.000 soldados hay aproximadamente 600.000 entre fuerzas del ejército y de la policía. En cambio, los 4.000 patriotas, valerosos guerreros, se han multiplicado y parece que su número es infinito. El mundo se ve ante una cruenta guerra colonial, que cuesta al Gobierno francés más de 3.000.000 de dólares por día y grandes pérdidas de vidas y destrucción de propiedades.

Durante los últimos dos años se hicieron varios intentos con el fin de lograr que se moderara y modificara la actitud oficial francesa. Al comienzo, algunos Estados vacilaron en hablar con Francia. Algunos creyeron que el levantamiento era limitado porque Argelia era parte de Francia y pensaron que podía ser sofocado pronto. Otros no querían poner a Francia en una situación embarazosa, porque a medida que la guerra pequeña aumentaba y que llegaban los refuerzos militares de Francia sin poder contener la rebelión, resultó evidente que lo grave de la situación no podía ser ya ignorada.

En abril, 29 naciones asiáticoafricanas trataron en Bandung, entre otros temas, la situación de Argelia. Al terminar la reunión, la Conferencia dió su apoyo al pueblo de Argelia en su lucha por la libre determinación y resolvió pedir al Gobierno francés que tratase de lograr sin demora una solución pacífica.

Los representantes de más de la mitad de la población del mundo sostuvieron el derecho argelino a la libre determinación e independencia. Esta fué la primera acción internacional positiva que arrojó una sombra sobre la pretensión ficticia de Francia de que Argelia forma parte de su territorio.

No se deseaba poner en situación difícil a Francia. El sentir general se manifestaba a favor de una solución pacífica, por negociación con los verdaderos representantes del pueblo argelino.

Francia, sin embargo, no hizo caso a esa nueva tendencia de la opinión pública mundial, opinión que refleja el criterio de gran parte de la humanidad en beneficio del pueblo argelino y el apoyo a su derecho natural a la libre determinación e independencia.

Esa nueva tendencia pareció, por el contrario, dar al Gobierno francés más decisión para tratar de hollar el movimiento nacional en forma más cruel y total.

En consecuencia, las delegaciones de 14 países asiáticoafricanos, entre ellos el mío, pidieron al Secretario General el 26 de julio de 1955 que incluyese el tema en el programa del décimo período ordinario de sesiones de la Asamblea.

Es bien sabido que la Mesa de la Asamblea recomendó a ésta que no incluyese la cuestión argelina en el programa de su décimo período ordinario de sesiones. También se sabe como tras un largo debate la Asamblea rechazó la recomendación de la Mesa y resolvió incluir el tema en el programa. De por sí ese hecho - la modificación de la recomendación de la Mesa - era la segunda acción internacional positiva. Se reconocía la situación argelina y se expresaba el sentir internacional más amplio, pues se contó con el apoyo, también, de algunos Estados europeos y latinoamericanos.

Este sentir estaba en favor de una libre discusión de la cuestión que, insistía Francia, era tabú. Los sucesos que siguieron a la inclusión de la cuestión argelina en el programa del Décimo período de sesiones de la Asamblea General no hay necesidad de recordarlos. Señalemos, sin embargo, que los autores de la resolución que pedía que se incluyese el tema, continuaron mostrando un espíritu de cooperación y acompañaron a las demás delegaciones en su deseo de aplazar el debate total del asunto. Algunas delegaciones querían dar a Francia más tiempo para resolver pacíficamente el problema. Muchas delegaciones no querían evitar la posibilidad de una solución pacífica del caso.

El resultado de las elecciones francesas a principios de 1956 nos trajeron algunas nuevas esperanzas, pues llegaban al poder dirigentes que habían condenado la política de fuerza y de intimidación. Los planes del nuevo Gobierno francés indicaban alguna variación en la posición rígida de utilizar la fuerza para continuar la política de asimilación y la teoría de que Argelia era parte integral de Francia. Pero tan pronto como el Gobierno llegó al poder e hizo el planteamiento de su política, los residentes en Argelia atacaron esa política.

La visita del jefe del Gobierno francés a Argelia y la actitud de los colonos, parecen haber cambiado dramáticamente la nueva orientación que se podía discernir en los dirigentes que se hicieron cargo del Gobierno francés. La designación de un Ministro Residente en lugar de un Gobernador General, que tenía el propósito de mejorar la situación, produjo resultados opuestos. En lugar de la persona liberal que se iba a designar, Argelia se puso a las órdenes del Sr. Lacoste, que aumentó las fuerzas armadas hasta llegar a la fase fantástica de que había dos soldados franceses para la protección de cada tres civiles de la misma nacionalidad.

El Sr. Lacoste fué creando un ejército monstruoso en varias fases. Cada vez que pedía nuevos soldados y pertrechos, hacia la afirmación de que prácticamente había aplastado a los patriotas y que la nueva ayuda se pedía simplemente para que este aplastamiento fuese completo y decisivo.

Pero la guerra subsiste con mayor intensidad que en el pasado. Es por esto que las delegaciones de 15 países afroasiáticos plantearon la cuestión de Argelia en junio de 1956 ante el Consejo de Seguridad. El representante de Irán, el

Embajador Abouh, vocero de los autores de la petición, hizo una espléndida presentación del caso ante el Consejo de Seguridad. Desgraciadamente, el Consejo se mostró reacio, incluso para hacer figurar en el programa de la Asamblea la cuestión argelina. La mayor parte de los miembros del Consejo de Seguridad parecían mostrar el deseo de dar a Francia algo más de tiempo para la solución pacífica de la cuestión.

A medida que la situación continuaba empeorando, los representantes de los 15 Estados afroasiáticos pidieron al Secretario General, con fecha 1.º de octubre de 1956, que incluyese la cuestión de Argelia en el programa de este período de sesiones.

Omitiré los antecedentes históricos de la cuestión, salvo algunos hechos. Argelia es un país árabe. Su pueblo es predominantemente musulmán. Se halla junto a otros tres países: Túnez y Libia en el este y Marruecos en el oeste. A pesar de los alegatos de que no hubo conquista francesa, son numerosas las personalidades francesas que dicen que fué una conquista lenta y devastadora. A continuación de muchas destrucciones y pillaje, las autoridades confiscaron las mejores tierras del país dándolas a los colonos que invadieron Argelia siguiendo a las fuerzas armadas.

Los argelinos dicen que nunca ha habido dos comunidades juntas en Argelia, y que lo que se hace es explotar sus riquezas. Todos los servicios públicos fueron establecidos y administrados tomándose esencialmente en cuenta las necesidades de los colonos. Los argelinos dicen que solamente se benefician de esos servicios incidentalmente.

El país les pertenecía, pero estaba dominado por los colonos. Sin embargo, el pueblo argelino sufría pacientemente sin abandonar la lucha contra los franceses. En los últimos 125 años las sublevaciones argelinas fueron periódicas. Los franceses, por su parte, fieles a su misión colonizadora, sofocaron un levantamiento tras otro con toda clase de crueldades. Esos actos fueron seguidos ocasionalmente por promesas de atender las reivindicaciones de los argelinos. Sin embargo, poco hubo de realidad en esas promesas. Ahora nadie, ni los franceses mismos, toman esas reivindicaciones en serio.

Como nueva etapa del régimen militar y político para perpetuar la sumisión del pueblo argelino, los franceses introdujeron la política de asimilación. Se trataba de borrar en forma sutil y completa las características nacionales, religiosas y culturales de Argelia. Se recurrió a todos los medios con el propósito de lograr esa transformación completa de un pueblo con una cultura antigua y reconocida, con un idioma y con una religión, en un pueblo con una cultura distinta de la propia. Así destruyeron los franceses muchas mezquitas, convirtiendo otras en iglesias, museos y centros administrativos y militares. Se hicieron cargo de todos los bienes particulares que estaban en custodia para el mantenimiento de los lugares de oración e instituciones religiosas. Incluso indicaron cuáles serían las ceremonias que habrían de celebrarse en las mezquitas los viernes. Impidieron que los niños hablaran árabe, y se prohibió la utilización de ese idioma en los departamentos gubernamentales. Se le dió carácter de lengua extranjera, y aún hoy, la mayor parte de aquellas restricciones sigue en pie, a pesar de los comentarios hechos por el representante de Francia.

Todo esto se realizó con una serie de estratagemas para minar las características de la sociedad argelina. Esperaban que después de despojar al pueblo de sus elementos culturales y morales, les sería posible remodelar su modo de vida. Al parecer, los autores de la política se dieron cuenta de que si se eliminaban los elementos que provocaban su resistencia, los argelinos quedarían desarmados automáticamente, perdiendo su arma más poderosa. Sin embargo, esa política resultó un fracaso rotundo.

Si era atinada o no esa política, y si hubiera tenido éxito, de haber mostrado más lógica los franceses con respecto a las reformas que se necesitan, no es cosa de tratar ahora. Lo importante es que el Gobierno francés, bajo la enorme influencia de los colonos - independientemente de otros motivos o causas - no ha hecho nada para satisfacer las reivindicaciones del pueblo argelino.

Al terminar la segunda guerra mundial, el pueblo argelino creyó ver el advenimiento de una era que pondría fin a la explotación y a la discriminación que sufrió por la fuerza durante tanto tiempo. Pusieron sus esperanzas en la Carta del Atlántico y en lo que se decía iban a ser los Propósitos y Principios de la Carta de las Naciones Unidas. Se sintieron alentados por las afirmaciones hechas por distintas personalidades internacionales sobre la libre determinación de los pueblos y creyeron que ellos también participarían de sus beneficios, puesto que habían contribuido en forma importante - de acuerdo con sus fuerzas - a la victoria aliada. Habían contribuido a ese esfuerzo no sólo con su territorio estratégico, sino con más de 200.000 soldados. En la guerra tuvieron más de 45.000 muertos y unos 30.000 heridos.

Uno de los capítulos más sombríos de toda la historia francesa en Argelia fué escrito cuando los argelinos celebraban la victoria aliada. Los habitantes de Argelia creyeron que con el fin de la guerra obtendrían su libertad pero, al contrario, en lugar de paz los colonos atacaron a los argelinos y luego se unieron a los soldados franceses. De acuerdo con las órdenes del Gobernador de Constantina, se utilizaron tanques, cañones y aviones para arrasar las aldeas vecinas con todos sus habitantes. En esta forma fueron asesinados 45.000 inocentes. Los franceses dicen que esas bajas fluctuaron entre 11.000 y 30.000. Además, 30 aldeas fueron destruidas. Este fué el precio de la celebración de la victoria.

Este acto de genocidio significa cual es la situación que reina en Argelia. Los argelinos buscan la libertad, y los colonos sólo desean el beneficio material. Para estos últimos, la liberación será el fin de una explotación ilimitada.

La ola creciente de nacionalismo, que encontró su expresión al terminar la segunda guerra mundial en los movimientos de emancipación afroasiático, sobre todo en los Estados hermanos de Argelia, tiene que haber tenido su efecto en el pueblo argelino. Las disposiciones de la Carta de las Naciones Unidas sobre los pueblos dependientes parecen haber ejercido también su influencia. Sin embargo, al parecer los franceses no quieren modificar su tendencia a pesar de los movimientos opuestos. Muchos franceses se dan cuenta del peligro de ignorar la nueva tendencia, pero el poderío de los colonos parece neutralizar el propósito de hacer un acto decisivo. Lo que se ofrecía en el papel a los argelinos se anulaba después en la realidad, en la fase administrativa, o simplemente quedaba como para dar valor a la teoría de la promesa falsa.

En noviembre de 1954 el pueblo argelino expresó de nuevo su disgusto y desconfianza por el régimen francés. Esta vez se manifestó esa expresión en gran escala, con demostraciones de protesta y con ataques a puestos militares, centros gubernamentales, instalaciones y medios de comunicación. En muy pocas semanas resultó evidente para las autoridades francesas, que, al parecer, los argelinos habían perdido la esperanza y la paciencia. El levantamiento argelino adquirió ímpetu rápidamente, lo que se debió, sobre todo, a las medidas crueles con que el Gobierno francés trató de sofocar a los patriotas.

Una de las prácticas más horribles, que tan importante papel tiene para el Gobierno francés como para las operaciones militares, es la política de pacificación ya famosa. El ex Ministro del Interior de Francia, Sr. Mitterand, definía las dos misiones que incumben a las fuerzas francesas: proseguir la guerra contra los rebeldes y ejecutar una misión de liberación.

Los franceses utilizaron aviones para destruir centenares de aldeas y para asesinar a millares de personas. La utilización de la aviación francesa se hizo más evidente con las declaraciones hechas el día 29 de noviembre de 1956 ante el Senado francés, donde se dijo que la aviación había desempeñado un gran papel en la campaña argelina y que durante el mes de octubre solamente, la aviación había efectuado 4.900 misiones en territorio argelino.

Veamos lo que dice una autoridad francesa sobre la pacificación y la liberación:

"Una gran cantidad de musulmanes han sido víctimas de la pacificación. Unidades del ejército francés han practicado la política de tierra arrasada, como en el año 1871."

Numerosas cartas de soldados y de cristianos militantes atestiguan los métodos que se han empleado para tratar de pacificar la región. Hablan sobre las torturas aplicadas a los sospechosos, sobre las violaciones y sobre la forma en que se vienen incendiando las aldeas. Uno de esos informes decía que los excesos de las tropas francesas habían logrado persuadir a los argelinos que la política de pacificación se basaba en el exterminio brutal del pueblo argelino.

En una oportunidad, un oficial francés manifestó lo siguiente:

"Todas las banderas francesas que se enarbolan en Argelia deben arriarse, pues lo que pasa bajo ellas a menudo es repugnante. Para nosotros, los franceses, esta lucha consiste en asaltar aldeas durante las noches, verificar las cartas de identidad y ejecutar a los rehenes. Se toman rehenes por cualquier disparo que se haga, ya sea por amigos o por enemigos. Lanzamos fuego de mortero contra las aldeas por cualquier emboscada o por cualquier negativa a recibir a nuestras tropas. Recurrimos a las represalias y, como los que quedan en las aldeas son las mujeres y los niños, son masacrados."

Esta política francesa de pacificación y de represión provocó protestas y condenaciones de dirigentes religiosos, de musulmanes; y el mufti de Argelia en una carta dirigida al Presidente de la República francesa y al Presidente del Consejo de Ministros decía:

"Sobre la base de denuncias que nos llegan sin cesar de todas partes del país, como resultado de las atrocidades increíbles causadas por fuerzas militares a la población inocente, no podemos mostrarnos insensibles a los hechos terribles que ocurren en el país en el período que ahora entran en su segundo año. Es nuestro deber solemne deplorar la injusticia y la violencia; esos actos sólo pueden crear odios, alentar la pasión y frustrar el deseo de convivencia. Esa degradación y esos ataques a la dignidad humana constituyen un espectáculo horroroso para una humanidad humillada, en que gente es asesinada sin justificación. Todos los musulmanes del país consideramos que la política actual del Gobierno, la llamada "política de pacificación" es una guerra que se libra contra gente débil e indefensa, sobre todo contra la población urbana y rural, que es víctima sin saber de que se le acusa. Pedimos al Gobierno francés que renuncie a una política que solo puede llevar a una conclusión desastrosa."

Otra voz se escuchó, la de uno de los elementos moderados argelinos, al cual se dirigieron los franceses buscando su cooperación para participar en el nuevo organismo creado como sustituto del Consejo General disuelto. Esta persona es el Sr. Ould-Aoudia, abogado y ex miembro de la Asamblea argelina por lo que no puede haber duda sobre su antigua actitud. El Sr. Ould-Aoudia escribió:

"Creo que traicionaría la confianza del pueblo si aceptase el representarlo contra su voluntad; consideraría que es difícil el que yo hable en su nombre en momentos en que ese pueblo sufre los resultados terribles de la llamada pacificación. Sé que los habitantes de muchas aldeas han tenido que abandonar sus hogares sin llevarse nada; después de esto sus casas fueron incendiadas, bombardeadas; los enfermos fueron llevados ignorantes de su destino, muchos campesinos han muerto en los campos o después de su detención; la circulación por carretera se ha prohibido haciéndose imposible obtener alimentos. Estas medidas, por lo tanto, van a llevar al pueblo a la asfixia económica por medio del hambre organizada."

Las palabras de este argelino, que colaboró con los franceses en el pasado y que esperaban que cooperara ahora, deben hacer meditar a los franceses, los cuales deben percatarse de que la revolución argelina es realmente contra las injusticias pasadas y contra el actual reino del terror. La palabra de los dirigentes espirituales tiene que poner fin a la idea de que puede haber en Argelia un patriota que pueda aceptar la repetición de los métodos coloniales franceses del siglo XVIII y XIX. Estas voces de advertencia y de condenación no se han limitado a los argelinos; el periódico L'Express, que representa la opinión del Sr. Mèndes-France, decía el 22 de diciembre de 1955:

"Ese drama es el resultado de la política criminal que efectúa el Gobierno en nombre de Francia; esa política de represión cruda es la que ha levantado a todo el pueblo argelino contra nuestra patria."

El Sr. Mèndes-France se refirió a esa política de pacificación en L'Express el 9 de noviembre de 1956, y decía:

"Este prerequisite del establecimiento del orden ha sido un fracaso, resulta claro hoy que la posibilidad de resolver el conflicto es mucho menor que hace un año. Yo estimo que si existe un prerequisite éste debe ser el hacer un esfuerzo para llegar a la reconciliación, pero para ello debemos dar pruebas de que ese es nuestro único objetivo. Eso entraña una revisión completa de nuestra política, de nuestra administración, de los hombres que dirigen y la renuncia a los medios de represión que suscitan contra nosotros la acción de aquéllos con cuya amistad podríamos contar."

Lo más deplorable es el cambio de actitud de algunos dirigentes que habiendo condenado la política de represión, cuando llegan a la posición de poder hacer algo, hacen lo contrario. Las más serias defraudaciones vienen de algunos de los dirigentes que actualmente tienen que orientar la política francesa. El jefe del Gobierno francés en distintas ocasiones condenó esa política y escribió en Le Paz de Calais en diciembre de 1955:

"El deber primordial del Gobierno sería restablecer la paz. Cada día nuestros hombres caen y las madres y las esposas se preguntan qué hacer. En primer lugar deberíamos poner fin a las mentiras, evitar la repetición

de los errores de Indochina, Túnez y Marruecos. Tenemos que poner fin también a esta represión ciega; todos tenemos que ser iguales en una República basada en la libertad, la igualdad y la fraternidad. Los argelinos creían en esto, pero nosotros les hemos mentido y ya no creen."

Uno se pregunta cómo puede ser que el jefe del Gobierno no pueda aceptar sus propias palabras; cómo es posible que al cabo de dos meses de haberse publicado, el Sr. Mollet desarrolle una política que ofende a sus propias palabras; sus actos contradictorios parecen explicarlo mejor que nada, porque los argelinos han perdido su fe en Francia y ya no confían en ella.

El Sr. Pineau, Ministro de Relaciones Exteriores, según el Paris Press de 27 de julio de 1955 pronunció palabras sagaces con respecto a la utilización de la fuerza como instrumento político. Decía el Sr. Pineau:

"Hay muchos franceses que ven la utilización de la fuerza como el único medio de poner fin al conflicto de Argelia. ¿Qué quieren decir? El propósito de esta ofensiva contra la población nativa es intimidarla y sojuzgarla, puesto que ya no se la puede convencer. Es el uso de la fuerza en el sentido indicado, cuando los aviones franceses bombardean una aldea con el pretexto de que la población de la misma ha mostrado simpatías por los rebeldes o cuando se permite que los europeos ataquen a los nativos sin interferencia policial. En Indochina, el fracaso de este método ha sido completo. El odio era mayor que el temor y el Viet-Minh encontró su mejor elemento en las zonas que creíamos sojuzgadas por nuestra brutalidad. En realidad, la utilización de la fuerza crea un callejón sin salida. ¿Tiene Francia medios de emplear la fuerza por un período más largo, no sólo en Argelia sino en todos los territorios de ultramar? ¿Puede pensar el Sr. Pineau en gobernar siempre por el terror sobre millones de hombres, manteniendo la seguridad de sus fronteras sin afectar su equilibrio financiero y económico? Cuando uno quiere emplear la fuerza tiene que comenzar por pensar que ello puede resultar odioso y que la era de la conquista ha terminado."

Palabras como éstas daban esperanzas al pueblo cuando los socialistas llegaron al Gobierno a comienzos de 1956. Fijense en la situación actual y compárenla con la del momento en que se pronunciaron esas palabras.

Las fuerzas militares, que ascendían a unos 50.000 hombres, se han cuadruplicado. Las atrocidades, los actos de terrorismo, la actuación de esta abrumadora fuerza militar, puede comprobarse por la siguiente información: "Un grupo de naturales franceses visitó al Sr. Robert Lacoste para hablar respecto de la pacificación y para poner término a las atrocidades causadas contra el pueblo argelino". Según Témoignages, de julio de 1956, esas atrocidades fueron calificadas de "crímenes de soldados franceses, que ponen a uno los pelos de punta".

Fué esta política francesa la que unió al pueblo argelino en apoyo de sus dirigentes; fué esta política la que evidenció la verdadera actitud de los franceses; fué esta política la prueba decisiva para separar a muchos argelinos que confiaban en Francia; fué esta política la que indujo a los argelinos a la oposición a los franceses. Fué esta política la que hizo que el pueblo argelino se mostrara decidido a poner fin a este reinado de opresión y de terror. Esta política contribuyó a vigorizar el coraje y el valor de los patriotas argelinos. Esta política es la que ha hecho que todo el mundo sienta simpatías hacia el pueblo argelino. Es esta política la que reclama que las Naciones Unidas aborden el problema y traten de la situación en Argelia, con el propósito de poner fin a la guerra y a la amenaza a la paz y a la seguridad internacionales.

Nadie puede pretender hoy que no existe estado de guerra. Sería ridículo afirmar que lo que requirió la movilización del ejército francés y la instalación de 600.000 hombres en aquel territorio, no es una gran y devastadora guerra. Sus dimensiones se pueden juzgar por el gasto diario de 3.000.000 de dólares. Su carácter serio se puede comprender por el hecho de que las tropas francesas fueron trasladadas a Argelia, aun a riesgo de debilitar la defensa de la propia Francia y de la Europa occidental. Los daños causados, las destrucciones producidas son extraordinarias y, tal vez, nunca se conozcan plenamente. El número de víctimas no ha sido revelado. Pero todo lo que sabemos justifica sobradamente los esfuerzos que hacemos para poner fin a esa guerra catastrófica.

Respecto a las víctimas, tenemos un informe de la Agencia Reuter, remitido desde Argel, que al propio tiempo indica el abismo insalvable que hay entre los argelinos y los colonos. Ese informe apareció en el New York Times del 5 de agosto de 1956.

Decía: "Las autoridades militares francesas no publicarán cifras sobre los insurgentes muertos. La razón oficial se explica por el hecho de que la publicación de listas de muertos consternaría a la opinión pública francesa, puesto que el Gobierno parece dispuesto a pacificar el país". ¿Puede haber algo más brutal que esta explicación? De no haber brutalidad ¿cómo puede admitirse que pudiera causar consternación el conocer las muertes de argelinos? Existía, como se ve, una gran "sensibilidad" para no dar determinadas cifras; pero esa "sensibilidad" no existía cuando se trataba de hablar de los ciudadanos franceses que ofrecían su cabeza para llevar a cabo esa matanza diaria. ¿Puede haber algo más repugnante que ese pretendido sentido de "delicadeza" para con una clase de franceses y falta de respeto completa por lo que concierne a otra clase de personas?

Esta explicación, se vea como se vea ¿no refleja acaso el sentir profundo de los franceses sobre la verdadera relación que existe con los argelinos, a los cuales tratan de convencer de que son sus hermanos?

La segunda razón aducida por los franceses, según la Reuter, era que "las cifras podrían ayudar a los nacionalistas, que acusan a Francia de llevar a cabo una campaña de exterminio con sus 600.000 soldados en Argelia". Los nacionalistas no tienen por qué hacer acusaciones; son las propias autoridades francesas las que han reconocido lo consternados que se sentirían los franceses al conocerse las cifras verdaderas. Me refiero al verdadero pueblo francés.

Los nacionalistas no tenían por qué hacer afirmaciones para demostrar la existencia de una guerra de exterminio contra el pueblo. Las autoridades francesas lo han confirmado en forma categórica y en cierto sentido repugnante. A pesar de todo, en las últimas seis semanas se publicaron dos listas oficiales de víctimas, que confirman que no pueden esperarse cifras exactas de los franceses. El 3 de enero de 1957, el New York Times insertaba una información de la Agencia Reuter desde Argel, que decía: "Las fuerzas francesas dieron muerte a 18.060 rebeldes en el año 1956. Perdieron 2.435 soldados y 614 civiles europeos murieron en el mismo período".

Según el New York Times de 7 de diciembre de 1956, Robert Lacoste, Ministro Residente, denunció las enormes mentiras propagadas en los Estados Unidos y en otros países contra la acción francesa en Argelia, e impugnó una declaración del Ministro ruso Shepilov ante las Naciones Unidas, el 19 de noviembre, según la cual 48.000 argelinos habían sido muertos por los franceses. El Sr. Lacoste

declaró que desde el 1.º de noviembre de 1954, en que estalló la rebelión, hasta el 30 de octubre de 1956, los rebeldes tuvieron 16.450 muertos. No dió cifras para los franceses.

Hay una tercera lista oficial, publicada en París el 18 de octubre de 1955. Según el New York Times, esa lista asignaba a los rebeldes muertos desde septiembre de 1955, la cifra de 2.176. Así pues, si agregamos la cifra de los rebeldes muertos en 1956 que aparece en la primera lista, a la de muertos desde el comienzo de la guerra hasta el 30 de septiembre de 1955, que aparece en la tercera lista - período que comprende 23 meses - obtenemos un total de 20.236 muertos desde el comienzo de la guerra hasta fines de 1956, con exclusión de los meses de octubre a diciembre de 1955, respecto de los cuales no hay cifras. ¿Cómo pueden estas cifras compagiarse con las dadas por el Sr. Lacoste, el cual dice que desde el comienzo de la guerra hasta el 30 de octubre - período de 24 meses - hay solamente 16.450 muertos? ¿Qué explicación puede darse para justificar esta discrepancia? Hay una diferencia de 4.000, a menos que los franceses quieran decir oficialmente que esa es la cantidad de muertos habidos en los meses de octubre a diciembre de 1955. Esto es lo que se obtiene del examen de las cifras oficiales. Es evidente que hay contradicción y confusión, como en toda la política francesa.

Los argelinos calculan el número de muertos en sus filas desde el principio de la guerra en más de 50.000. Estas cifras no pueden apartarse mucho de la realidad, ya que los propios funcionarios franceses reconocen la muerte de 18.000 patriotas argelinos en un año.

Al hablar de cifras oficiales, me permito señalar a la atención de la Comisión el gran número de argelinos encarcelados, lo cual, como es lógico, contribuye a aumentar los sufrimientos y la desintegración de la sociedad indígena argelina.

Según el Sr. Lacoste, 600 prisioneros políticos argelinos debían quedar libres como gesto de buena voluntad con ocasión del año nuevo. Indicó que de esta manera se reduciría el número de prisioneros de un 6% a un 7%. Esta proporción nos arroja una cifra de 10.000 prisioneros, contra los cuales no hay cargos de delito común.

Otra cifra importante que refleja la exacta magnitud de esta campaña es su costo. En un artículo del New York Herald Tribune de 26 de julio de 1956, se dice que "la guerra de Argelia ha costado mucho: 250.000 millones de francos (720.000.000 de dólares) en los primeros seis meses de este año. O sea, 120.000.000 de dólares al mes, o 4.000.000 diarios."

Hay que recordar que el ejército francés era, durante ese período, la mitad del actual. Estas cifras son elocuentes con respecto a esta guerra de exterminio y son más realistas y contundentes que las palabras. Cuatro millones de dólares diarios se gasta en actos de destrucción de las vidas y haciendas de los argelinos. ¿Es realista alegar que las Naciones Unidas son incompetentes para tomar cartas en ese asunto? ¿Es realista decirle a Francia que continúe? ¿Es realista cerrar los ojos a la realidad de que la situación ha empeorado y se ha convertido en una amenaza real para la paz y la seguridad internacionales?

Cabe preguntarse ahora por qué continúa la guerra y qué alegan las partes. La posición argelina puede resumirse diciendo que los franceses han invadido el país y lo han venido explotando en los últimos 127 años. Al final de este tiempo, el pueblo argelino está en una situación intolerable; habiendo buscado en vano satisfacer pacíficamente sus demandas, se rebelaron. El pueblo argelino insiste en que Francia reconozca su derecho a la libre determinación, uno de los derechos básicos de la Carta del cual ha sido privado durante largo tiempo. El derecho a la libre determinación incluye también el derecho de independencia. El pueblo argelino está dispuesto a negociar un arreglo con Francia sobre esta base. Si Francia reconoce el derecho argelino a la libre determinación y a la independencia, podrían entablarse negociaciones con el auspicio de las Naciones Unidas o sin él.

Los puntos fundamentales en la actitud francesa tal vez se definan más sistemáticamente en la declaración del propio Primer Ministro francés de 9 de enero del corriente año. El dijo que la situación jurídica no permitía equívocos; el drama de Argelia es el drama francés. Hemos visto que el argumento jurídico no resiste a la crítica y tampoco podemos aceptar la conclusión de que el drama sea enteramente francés. Tal vez sea francés y tal vez sean franceses sus directores, pero sus víctimas son los pueblos argelinos, que no aceptan esa situación. Ellos la rechazan y rechazan esa caracterización, que es el núcleo del problema.

Francia quiere que se considere franceses a los argelinos a fin de eliminar la causa de los disturbios como mejor le parezca. Los argelinos estiman que han tenido bastante con 127 años de dominación y desean desarrollar su propia entidad nacional tan naturalmente como los demás pueblos. No se pretende ofender a los franceses, pero ya no vivimos en un mundo en que los nacionales de un país son superiores o inferiores a los nacionales de otro. Por el contrario, cuando un pueblo entero se convierte en instrumento de la eliminación de su tradición y de su cultura, entonces es indigno tanto de lo nuevo como de lo antiguo.

Se nos ha acusado de simpatizar con los extremistas. No es así; solamente sostenemos los puntos de vista de la abrumadora mayoría argelina. Nadie podrá decir que los miembros profranceses de la Asamblea Argelina y los diputados de la Asamblea Nacional francesa sean extremistas. El 26 de septiembre de 1955, la abrumadora mayoría de la Asamblea de Argelia firmó un documento histórico junto con 10 de los 15 diputados musulmanes de la Asamblea Nacional francesa, cinco de los siete miembros musulmanes del Senado francés y cuatro de los siete consejeros de la Unión Francesa. Estos argelinos eran considerados como representantes de la última línea de defensa de Francia en Argelia. Aquel documento, además de denunciar y condenar la política de represión, decía:

"Habiendo analizado las razones de la actual situación, afirmamos que son esencialmente de naturaleza política. En esta forma, debemos sostener que la llamada política de integración, que nunca fué aplicada sinceramente a pesar de las reiteradas demandas de los miembros del segundo colegio, ya no es aceptada. La gran mayoría de la población está ahora con la idea de una nación argelina, y, como intérpretes leales de ese deseo, los firmantes estimamos de nuestro deber perseguir la realización de esta aspiración."

He aquí la declaración de los argelinos musulmanes profranceses, que afirman que la integración ha muerto. Esos representantes francófilos aseveran que la inmensa mayoría del pueblo argelino está en favor de la idea de la nación argelina y niegan la teoría de que Argelia sea parte integrante de Francia y que los argelinos sean franceses.

El Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, que recalcó tanto la cuestión de la representación, no podrá negar la autoridad del grupo de representantes argelinos ni decir que son extremistas. Ellos no comparten su criterio de que los argelinos son franceses y que las fronteras de Argelia son las mismas de Francia.

Es importante notar que aun el pensamiento oficial francés sigue la misma orientación. La teoría de parte integrante de Francia, en que insistieron tanto los funcionarios franceses en 1954, ha dado paso poco a poco al reconocimiento gubernamental de la individualidad y de la personalidad de Argelia. Las afirmaciones que ha hecho el Primer Ministro francés nos permiten sacar la conclusión de que nunca ha existido una integración y una asimilación verdaderas, ya que éstas nunca han sido completas sino que han estado sometidas a medidas discriminatorias entre argelinos y franceses. De ahí que Argelia nunca haya sido de hecho parte integrante de Francia. Aun jurídicamente, Francia no puede pretender que exista tal integración porque las autoridades francesas nunca la han llevado a la práctica.

Ellas mismas fueron las que minaron su fundamento. Los franceses, que han obstaculizado su aplicación, no pueden ahora hablarnos de su existencia y, por consiguiente, no puede hablarse de esto como de un fundamento para comprobar la incompetencia de la Asamblea General.

Se ha hablado del carácter individual de Argelia y del problema de la coexistencia de sus dos comunidades sin que ninguna de ellas pueda oprimir a la otra. Puede uno estar de acuerdo con el principio de la coexistencia siempre que sea justo; pero tampoco se puede perder de vista el origen de las dos comunidades: una, la argelina, formada por habitantes indígenas del país y la otra, francesa, comunidad que fué llevada a Argelia para explotar el país a expensas de la primera. Es importante recordar cómo estas dos comunidades llegaron a existir durante 127 años y el tipo de coexistencia que el Gobierno francés ha mantenido por la fuerza después de haberla creado.

Cae uno en la tentación de pensar que tal vez los franceses no hayan tenido una conciencia tranquila durante estos 127 años y que esto sea lo que explique la opresión a los argelinos. ¿No es acaso esa misma conciencia la que hace que ahora se tema que se le pague con la misma moneda? Sin embargo, Francia no tiene por qué abrigar temores de este tipo; este argumento ya está gastado y no es pertinente. Los franceses han utilizado el argumento, recalcándolo y dramatizándolo, para desacreditar cualquier esfuerzo de independencia en lo que se refería a Túnez y a Marruecos. Trataron de restarle importancia a la habilidad de estos dos Estados hermanos para practicar tolerancia y administrar justicia. Sin embargo, nadie puede pensar que Túnez y Marruecos hayan faltado a la confianza del mundo en este y en cualquier otro sentido.

Nadie puede estar en desacuerdo con la necesidad de proteger el derecho y los intereses de todos los habitantes de Argelia; pero nadie puede abogar en favor del privilegio de una minoría o negar el derecho de la mayoría a la libre determinación y a la independencia. Los representantes de Argelia han declarado en repetidas ocasiones que estaban dispuestos y resultos a conceder una igualdad absoluta a los franceses y demás residentes europeos de Argelia que optaran por la ciudadanía argelina. Del mismo modo, han declarado que estaban dispuestos a proteger y garantizar los derechos legítimos y los intereses de todos aquellos que prefieran conservar su nacionalidad francesa u otra nacionalidad europea.

Nadie puede preconizar para la minoría de Argelia un derecho más amplio que el que le corresponde en base a la igualdad absoluta con el resto del pueblo argelino ni tampoco mayores privilegios que los que son otorgados a las minorías en los países más liberales. Apoyamos este derecho de igualdad individual absoluta, ni más ni menos.

No nos cabe duda de que los argelinos sabrán acatar este compromiso, del mismo modo que lo han hecho antes que ellos sus hermanos de Túnez y Marruecos. Si sólo se trata de dejar constancia de una falta de confianza, entonces los argelinos tienen mayor fundamento para alegar tal desconfianza. Sin embargo, los colonos no han dado a los argelinos la oportunidad de expresarse. Las aseveraciones de los colonos merecerán consideración, pero más la merecen las de los argelinos, porque las de estos últimos están basadas en los hechos.

Fué interesante escuchar al representante de Francia destacar el punto de que Francia nunca utilizaría la fuerza para imponer a Argelia los conceptos de un sector de su población y que nunca permitirían a los argelinos de origen europeo abusar de sus ventajas económicas actuales tratando de explotar a los musulmanes. Uno se pregunta si es que Francia sólo ahora ha reconocido que tal política de imposición de los conceptos de un sector de la población, por la fuerza, a la otra parte de la población es algo equivocado.

¿No ha sido ésta, acaso, un reconocimiento de parte de Francia de la mala política que ha seguido en Argelia durante los últimos 127 años? Porque durante ese tiempo no sólo se ha permitido la explotación de los argelinos por parte de los colonos, sino que la propia Francia era la fuerza principal que los ha respaldado durante todos esos años. Fué por la fuerza que Francia impuso conceptos de la residencia francesa al pueblo argelino.

Los argelinos dicen que esta empresa tardía de los dirigentes franceses es un eslabón más en una cadena que viene desde antes. Dicen que anteriormente se les ha hecho promesas similares, pero que las mismas nunca se han cumplido.

Aunque todos queremos las negociaciones y las discusiones libres sobre este problema entre representantes de Francia y de Argelia, no entendemos lo que preconiza el Primer Ministro de Francia, en el sentido de que Francia es la que está en la mejor situación para actuar como árbitro. ¿Cómo puede Francia actuar, al mismo tiempo, en el doble papel de juez y de parte?

Nos ha sorprendido escuchar que se habían entablado negociaciones y que si no se logró una solución pacífica fué debido a la ingerencia de las naciones extranjeras que sembraron el odio y fomentaron la insurrección. Con todo respeto, debo manifestar que esta aseveración carece de fundamento y que es completamente absurda.

Francia ha tenido 127 años para corregir los males, para enderezar los entuertos cometidos contra el pueblo argelino. Francia ha tenido un siglo y cuarto para escoger el momento oportuno para hacer eso y la base para las negociaciones. ¿Por qué no lo ha hecho antes de la revuelta nacionalista? Este tipo de palabras elusivas fué el que hizo que los argelinos abandonaran la esperanza y buscaran su independencia por medios distintos a aquellos que durante los últimos 125 años no les habían servido para nada.

Nos sorprendió mucho escuchar las expresiones del Primer Ministro francés en cuanto a que con relación al asunto de Argelia Francia era la que presentaba la querrela ante las Naciones Unidas. Nosotros no estimamos que las Naciones Unidas puedan considerarse un tribunal donde un Estado presenta una querrela contra otro, convirtiéndolo en acusado.

Por mi parte, estoy seguro que nosotros no teníamos tal pensamiento cuando enfocamos el problema de Argelia. Cada vez que mi delegación, sola o conjuntamente con los demás países afroasiáticos, ha planteado la cuestión de Argelia ante las Naciones Unidas, lo ha hecho con el propósito de que por medio de discusiones razonables y deliberaciones diligentes se pudieran elaborar métodos y medios para poner fin al actual derramamiento de sangre por un arreglo para negociaciones entre el Gobierno francés y los representantes del pueblo argelino. Nuestra esperanza era la misma que en los casos de Túnez y Marruecos: que por medio de discusiones razonables en las Naciones Unidas, por medio del Consejo de Seguridad o de la Asamblea General se influyera sobre el pensamiento del Gobierno francés y del pueblo de ese país para que se reconociera el derecho y la aspiración legítima del pueblo del Africa del Norte bajo control francés.

Se recordará que el Gobierno francés se sintió furioso cuando se plantearon los temas de Túnez y de Marruecos, del mismo modo que se mostró furioso en relación con el caso de Argelia con motivo de la inclusión de este asunto en el programa del último período de sesiones de la Asamblea General. La inclusión de este punto en el programa se rechazó en el Consejo de Seguridad y más tarde en la Asamblea. Después, resultó evidente que ninguna delegación tenía la intención de acusar a Francia ni de perjudicar sus intereses y se comprobó que, pese a la resistencia del Gobierno francés respecto de la competencia de las Naciones Unidas en este asunto, tenía plena justificación la presentación de este punto a la Asamblea General para su discusión.

¿Qué fue lo que pasó con la cuestión de Túnez y Marruecos desde que se hizo el primer intento de plantear este asunto ante las Naciones Unidas? Ello nos demostró que Francia tenía el convencimiento de que la política francesa de oponerse a la discusión era algo completamente injustificado. Nadie puede pretender, con razón, que el mejoramiento que se ha logrado en Túnez y Marruecos no sea debido principalmente a la preocupación demostrada por las Naciones Unidas por la situación en esas regiones. Nadie puede aseverar que ese mejoramiento haya sido contrario a los intereses de Francia.

Las fuerzas que en Francia quisieron sabotear todos los intentos del Gobierno francés para satisfacer aunque fuera paulatinamente las demandas de Túnez y Marruecos, todavía se sienten frescas y vigorosas; nosotros las recordamos.

La preocupación de la Organización de las Naciones Unidas robustece el sentir de aquellos que en Francia ven que a la larga no redundará en beneficio de esa nación la continuación de su política de opresión contra el pueblo argelino, defendiendo al mismo tiempo el interés egoísta de los colonos franceses.

Al asociarnos a otras 15 naciones para presentar el problema argelino ante la Asamblea General, mi delegación se fundamentó en los mismos argumentos en que se basó al considerarse los problemas de Túnez y Marruecos. En este caso de Argelia, sin embargo, había mayores razones y urgencia para que las Naciones Unidas consideraran el problema, debido a la guerra destructora que asola al país. Este es el aspecto del problema que a juicio de nuestra delegación es el factor primordial para que la Asamblea General discuta urgentemente el problema argelino.

Si nos ciñéramos a la propuesta francesa de que hay un Estado querellante y otro acusado, no creemos que Francia pueda tener la oportunidad de colocarse en el papel del que acusa.

¿Puede un país hablar en forma tan descarada de ayuda militar a una de las partes en el conflicto? Nuestras informaciones indican que el alegato francés de que los argelinos recibían ayuda militar sólo eran inventos. Hay abundantes pruebas de que las armas de que disponen los patriotas son de origen francés y del tipo de las que emplea la NATO. Además el mercado de las armas pequeñas - como las que usan los patriotas argelinos - está ampliamente abierto en toda Europa.

Suponíamos que Francia, que se valía de los armamentos de la NATO destinados a la defensa de la causa de la paz y de la democracia en el Occidente, sería la última en quejarse del efecto de la ayuda militar a los patriotas argelinos puesto que ella está utilizando armas de la NATO, que se destinadas a la defensa de la democracia, para reprimir la causa de la libertad y de la justicia en Argelia.

Esto plantea el punto de la internacionalización de la cuestión argelina. El uso de fuerzas armadas de la NATO tiene importancia en los acontecimientos militares actuales. Esas fuerzas, a las que Francia contribuye en forma considerable con hombres y efectivos, están encargadas de la defensa de Europa occidental

y, por lo tanto, de Francia. Francia no hubiera transferido tantos elementos de sus fuerzas armadas a territorio argelino de no haber sido por la presencia de las demás fuerzas de la NATO que están en Europa occidental. En esta forma, Francia está siendo ayudada directamente en el mantenimiento y en la defensa de su territorio metropolitano con tropas extranjeras. De no ser por esta circunstancia, Francia no hubiera corrido el riesgo de poder en peligro la seguridad de la metrópoli. Si no hubiera sido por eso no hubiera trasladado tantas tropas a Argelia. Si no hubiera podido disponer de tan gran número de tropas en Argelia, el esfuerzo y la acción de la resistencia nacional argelina hubieran ejercido su efecto en el Gobierno francés haciéndole recapacitar sobre la situación. En esta forma, la ayuda extranjera es un factor principal que determina el curso de los acontecimientos que suceden en Argelia puesto que Francia está recibiendo ayuda directa en su doble tarea de defensa de la metrópoli y de guerra en Argelia.

Nadie puede tomar a la ligera esta complicación internacional de la campaña argelina.

Ahora yo quisiera referirme a la actitud francesa para con los representantes del pueblo argelino. Es muy desalentador y perturbador - por no decir más - comprobar la repetición del mismo cuento viejo: los franceses alegan que el país está dividido, que hay muchas fracciones, que hay muchas opiniones discrepantes y que, por consiguiente, Argelia no dispone de ningún grupo representativo para negociar.

La verdad es que esta división, este fraccionamiento, esas discrepancias de opiniones han sido exageradas. La verdad es que Francia está más que deseosa de conservar esa situación y perpetuar esas divisiones en facciones y fracciones. Esta es la vieja y tradicional práctica colonial francesa. Este es el argumento que utilizó Francia en el caso de Marruecos. ¿Quién ha olvidado que Francia subrayó entonces la división de la población y la falta de dirigentes marroquíes?

Es inútil que Francia ahora reste importancia a las aspiraciones de los dirigentes argelinos. ¿Cómo un ejército francés, perfectamente pertrechado, que cuenta con 600.000 hombres, no ha podido subyugar a las fuerzas nacionalistas que se dice que no tienen dirigentes ni jefes? Si el poder militar de Francia en Argelia, que le insume un gasto tremendo de 3.000.000 de dólares diarios, al cabo de

27 meses de acción militar despiadada, de destrucción en masa, de represalias en grande escala, y de expediciones punitivas, no ha podido romper y destrozarse a ese movimiento nacionalista, la única conclusión a que puede llegar un ser razonable es que habiendo retado con éxito ese poderío abrumador del ejército francés, esos patriotas nacionalistas deben estar magníficamente organizados y bien pertrechados y disciplinados. Sostener que se puede desafiar exitosamente un poder y una fuerza como los que emplea Francia en Argelia, sin dirigentes, sería convertir a los patriotas argelinos en superhombres. Es indigno que Francia no reconozca ese valor, ese coraje, esa determinación, esa tenacidad, ese patriotismo y ese espíritu de sacrificio de la totalidad del pueblo argelino. No me cabe duda de que ellos merecen la admiración y el respeto del mundo entero. Es una lástima que Francia, que debería saber cuál es la espléndida fibra de que está hecho ese pueblo, haya dejado de cultivar esas características así como también la amistad de ese pueblo. Francia ha perdido muchas oportunidades durante los últimos 125 años por haber estado obsesionada por su colonialismo y por el egoísmo de sus colonos.

Ninguna persona responsable puede creer que el movimiento argelino carezca de dirigentes y que un país pobre, de 10.000.000 de habitantes, pueda mantener una lucha solidaria bajo una carga pesadísima como la de esta guerra si no se sintiera animado y encendido por lo noble y elevado de la lucha por la independencia y si no tuviera la fe y la confianza más completas en sus jefes y dirigentes.

Francia sabe perfectamente quiénes son los verdaderos jefes y dirigentes del pueblo argelino. Sería desafortunado que Francia recurriera nuevamente a la política de hacer caso omiso de los jefes de genuina raíz nacionalista sustituyéndolos por secuaces de Francia, so pretexto de que en Argelia hay numerosas facciones.

El Gobierno francés no puede decir que Marruecos y Túnez, los vecinos de Argelia, ignoran a tal extremo la situación que prevalece en su Estado hermano, Argelia, como para no conocer a los dirigentes del movimiento nacionalista argelino. Si llegamos a ese extremo, no sería necesario razonar. Esos dos países colindantes, como es bien sabido, fueron estimulados por el Gobierno francés para que intervinieran ante los líderes argelinos a fin de que elaboraran una solución

aceptable para Argelia. El Gobierno francés hizo esfuerzos en ese sentido. A **sugestión** de Marruecos invitó a algunos de esos dirigentes para conferenciar. El Gobierno de Marruecos los reconoció como líderes responsables no sólo en la conducción de la guerra sino también como capaces de elaborar una solución pacífica que asegurara el futuro de Argelia. En la misma forma, los reconoció Túnez. Esos líderes, que eran huéspedes de Su Majestad el Sultán de Marruecos, en octubre del año pasado se dirigieron a Túnez con el fin de conferenciar. Sin embargo, las autoridades francesas detuvieron al avión que volaba sobre aguas internacionales.

Na cabe duda de que si los franceses no hubieran estado seguros de que estos cinco dirigentes argelinos representan a los miembros del movimiento nacionalista tanto en la paz como en la guerra, nunca hubieran llegado al extremo de cometer ese acto indignante, ese grave error internacional que significó el secuestro de los huéspedes de Su Majestad el Sultán cuando éste estaba haciendo el esfuerzo de mediar en el interés de Francia.

De hecho las declaraciones francesas oficiales y no oficiales de que con la detención de estos líderes desaparecería el movimiento de liberación, son prueba de que el Gobierno de Francia conoce perfectamente los dirigentes y los representantes verdaderos de Argelia.

Las repercusiones que siguieron a esta indigna maniobra en Marruecos y Túnez, como también en Francia, y la reacción que tuvieron gobiernos y pueblos de muchos países distintos, refutan el alegato francés de la no existencia de jefes y representantes de los líderes argelinos.

La conducta y las declaraciones de Francia, tanto oficiales como extraoficiales sólo tienden a recalcar la medida en que Francia trata oficialmente de eludir las realidades de la situación.

De hecho es sorprendente, es difícil de entender, la contradicción entre las palabras y los hechos de los dirigentes franceses. Este es un factor que tiende a hacer desaparecer cualquier optimismo o cualquier motivo de esperanza cuando hay otros síntomas alentadores. Me refiero al respecto a una declaración del Primer Ministro de Francia que fué publicada en Le Populaire del 9 de septiembre de 1956, que dice:

"En cada uno de los países interesados, Túnez, Argelia, Marruecos, debemos permitir que una élite nacional se exprese libremente. Con ellos sería posible negociar un tratado de asociación."

He aquí, pues, que los cinco dirigentes argelinos sólo querían negociar con Francia. ¿Es esto lo que significa la libre expresión a que se refirió el Primer Ministro francés? ¿La libre expresión tiene que surgir de la celda de una prisión francesa o del exilio, encontrándose alejados los dirigentes de su patria?

Si hay voluntad por parte de Francia, si Francia está convencida, como debería estarlo, de su sagacidad y las ventajas de arreglar el problema por medio de negociaciones, el proceso no debe detenerse, el ambiente no debe hacerse más tirante de lo que es en la actualidad y realizar esas negociaciones con los verdaderos representantes del pueblo argelino.

¿Por qué Francia, de pronto, de buenas a primeras, ha de insistir en una situación perfeccionista respecto de la representación cuando no permitió siquiera la sombra de tal perfeccionismo en sus 125 años de administración en Argelia?

Los 10.000.000 de musulmanes argelinos como franceses; estaban correctamente representados en la Asamblea Nacional por 15 diputados, de 544 diputados que representaban a 40.000.000 de franceses?

Era una razón justa y correcta la que permitía a 10.000.000 de argelinos musulmanes ser representados por 15 diputados en la Asamblea Nacional, cuando había un número igual de 15 diputados por 1.000.000 de residentes franceses en Argelia?

¿Era una razón justa y democrática la que permitía que los 10.000.000 de musulmanes tuvieran un número igual de representantes que el millón de residentes franceses en la Asamblea argelina?

¿Era una razón justa y democrática la que automáticamente permitía a los residentes franceses disponer de las tres quintas partes de las bancas en los Consejos Municipales, cuando a los musulmanes argelinos les correspondían dos quintos, a pesar de que los argelinos constituían la abrumadora mayoría de la comunidad?

¿Eran éstos reales representantes del pueblo argelino, cuya elección fué llevada a cabo de acuerdo con la autoridad francesa, con un sistema en que al votante "debe decirse cómo llenar su papeleta y si escoge al que no debe debemos poder corregir los resultados"? (Herbert Luethy, France Against Herself, pág. 249.)

¿Se puede hablar como de representantes verdaderos del pueblo argelino de quienes recibieron 800 votos de un total de 500 electores u 862 votos de un total de 372?

Esta desigualdad en la representación de las llamadas dos comunidades fué impuesta por Francia de conformidad con procesos legislativos y constitucionales franceses. Este tipo de elección no fué vigilada por los argelinos sino por los franceses y las autoridades francesas.

Esta situación ha continuado en Argelia por muchas décadas. Es una situación que ha sido impuesta a Argelia por la fuerza durante todo este tiempo.

Yo no he sacado a relucir estos hechos con el propósito de criticar sino que lo hice simplemente para demostrar que si esta situación terrible no hubiese sido impuesta y mantenida por el Gobierno francés durante tanto tiempo, no tendría ahora por qué enfrentarse con la situación de una representación argelina que no es en un ciento por ciento perfecta para hacer negociaciones. La mejor representación es la que se desprende de elecciones realmente libres. Esto sería lo normal. Pero desgraciadamente ello no es posible en las actuales circunstancias por que atraviesa Argelia. Además es inconcebible normalizar la situación sin perjudicar la posición de los nacionalistas argelinos. La insistencia en este procedimiento sólo revelaría una falta de buena fe por parte del Gobierno francés. Confirmaría que el Gobierno está utilizando esta situación simplemente como un pretexto y que no tiene el menor deseo real de negociar sobre la base de la igualdad. Por el contrario, la insistencia en este procedimiento implica el rechazo del principio de la solución sobre la base de los acuerdos concertados, porque hace que las bases de las negociaciones no sean razonables y justas.

Tampoco nadie puede, normalmente, estar en desacuerdo con el principio del cese del fuego, que debe preceder al arreglo concertado. Sin embargo, se puede justificar la posición asumida por los argelinos en las actuales circunstancias. Si el cese del fuego ha de venir primero, luego las elecciones y finalmente las negociaciones, ¿cuál sería la posición de los argelinos si el Gobierno francés retrocediera ante las negociaciones y se negara a conceder algunas de las demandas de los nacionalistas? ¿Qué recursos les quedarían a estos últimos? Ya su maquinaria bélica le hubiera sido retirada. Volveríamos a lo mismo, y prevalecería exactamente la misma situación anterior a la rebelión.

Hay que mantener el equilibrio, lo que es normal, legítimo y correcto y lo que se justifica de acuerdo con las circunstancias. Todos sabemos que si los franceses logran hacer aceptar sus propuestas, se liquidaría la fuerza de combate nacionalista aun antes de la elección. Con toda justicia no se puede pedir a los nacionalistas que depongan las armas cuando los adversarios mantienen en el país en pie de guerra una fuerza armada de 600.000 soldados.

Tal vez sea oportuno hacer una pregunta a la delegación francesa y a aquellas delegaciones que apoyan su criterio de que las elecciones deben celebrarse tres meses después del cese del fuego. En el caso de que tal suceso se produjera, ¿está dispuesta Francia a declarar que respetará el punto de vista mayoritario de los representantes electos, elegidos libremente? ¿Está dispuesta Francia a declarar que si la mayoría de los representantes estuviese en favor de la independencia de Argelia, con relaciones con Francia similares a las que son objeto ahora de negociaciones entre Francia y Marruecos y entre Francia y Túnez, aceptaría llegar a un acuerdo sobre esta base o es que los representantes electos tendrán que escoger entre propuestas de otro tipo presentadas por Francia?

La respuesta a esta pregunta puede ser muy útil. En realidad, en la actualidad es inevitable.

Se ha dicho mucho y se ha explicado mucho sobre las propuestas francesas de reforma en Argelia. El Primer Ministro francés y también el Ministro de Relaciones Exteriores de Francia han hablado de estas reformas. Si uno considera estas últimas a la luz de las declaraciones oficiales y extraoficiales francesas y teniendo en cuenta la suerte de reformas similares prometidas anteriormente, entonces estaría de más siquiera estudiar estas reformas propuestas.

Una de estas declaraciones fué formulada por el entonces Primer Ministro Mendes-France, y fué publicada en el número de 9 de noviembre de 1956 de L'Express. Dijo el Sr. Mendes-France:

"La última declaración del Presidente del Consejo con relación a este problema es una desilusión. Ya no se trata hoy de hacer promesas para un futuro muy lejano. En el pasado se hicieron y violaron esas promesas demasiado a menudo, y ya no las escucha la población argelina. Ha pasado el tiempo de las palabras vacías; es ahora el momento de la acción, inmediata y decisiva, pues solo ella podrá conquistar la confianza de una población que sufre en su dignidad y ha perdido toda fe en nosotros".

Otra declaración fué la formulada por el ex Gobernador General de Argelia, Sr. Jacques Soustelle, quien dijo, según Le Monde de 10 de enero de 1957, lo siguiente:

"Argelia está harta de declaraciones, promesas y planes y sabe muy bien que la inestabilidad de nuestro sistema político hace que tales declaraciones no tengan sentido alguno".

Si estas declaraciones no son suficientemente autorizadas, tal vez lo que voy a citar no deje duda alguna sobre la posición del Gobierno francés en este asunto. En The New York Times de 12 de diciembre de 1956 hay un artículo sobre la decisión del Gobierno francés de disolver los Consejos Municipales de Argelia porque estaban automáticamente controlados por europeos. Los europeos tienen un derecho estatutario a las tres quintas partes de las bancas y los árabes a las dos quintas partes. De acuerdo con el artículo, los alcaldes de 82 ciudades se rebelaron y advirtieron al Gobierno que si se llevara a cabo tal decisión podría resultar en

la pérdida de Argelia. Durante una reunión, los alcaldes escucharon el informe de una delegación enviada a París para exponer sus puntos de vista ante el Gobierno francés. He aquí lo que The New York Times dice sobre ese informe:

"Claude Laquiere, alcalde de Sidi Moussa y miembro de la delegación, dijo que el Sr. Lacoste, en una conversación privada, había descrito la decisión del Gobierno como una "herejía".

"Otro miembro de la delegación, Henri Baretaud, alcalde de Cherchel, informó que el Primer Ministro Guy Mollet había explicado la decisión con estas palabras: "El Gobierno tuvo que hacer algo constructivo y vistoso para presentarlo en las Naciones Unidas a fin de ganar dos votos favorables y la abstención de los Estados Unidos de América (sobre la cuestión de Argelia)"."

¿Son suficientes estas declaraciones de dirigentes franceses responsables para explicar por qué los argelinos se han rebelado? ¿Bastan para explicar por qué los argelinos y hasta dos franceses ya no creen en estas operaciones? Si ésta es la reacción de los dirigentes franceses responsables en lo relacionado con las promesas y reformas, ¿quién puede culpar a los nacionalistas argelinos si las rechazan? Durante 125 años se han visto obligados a tragarse este tipo de promesas, a enfrentarse a estas promesas y a otras similares que no se cumplieron.

Sin embargo, en la declaración del Primer Ministro francés y en la del Sr. Lacoste hay una revelación importante de gran significado para las Naciones Unidas. Ellas muestran que la preocupación de las Naciones Unidas ha forzado al Gobierno a hacer algo, aunque solo fuera para exponerlo ante la Organización. Esto demuestra que la preocupación de las Naciones Unidas está siendo utilizada por el Gobierno como un argumento para desalojar a los colonos de la posición rígida de la que el Gobierno no pudo hacerlos retirar anteriormente, pese a sus declaraciones de que estaba dispuesto a hacerlo. Si el Gobierno, por lo tanto, tiene el deseo sincero de buscar una solución pacífica en Argelia, no debe poner trabas al papel que a las Naciones Unidas les corresponde para lograr tales negociaciones y tales acuerdos, porque el papel de armonización de los puntos de vista que cabe a las Naciones Unidas podría facilitar esa labor. Ya hay un fenómeno que refuta el argumento del Gobierno francés sobre la incompetencia de la Asamblea General y que justifica nuestro objetivo de lograr que se plantee la cuestión de Argelia en las Naciones Unidas.

Hablaré ahora brevemente de la cuestión de la competencia. El motivo principal por el que el Gobierno francés pretende impedir la discusión de la cuestión de Argelia aquí es que Argelia, desde 1834, sería parte integrante de la Francia metropolitana. El representante de Francia utilizó este argumento en el último período de sesiones de la Asamblea General y en el Consejo de Seguridad, y continúa insistiendo ahora sobre él.

Francia estima que toda la cuestión compete a su jurisdicción interna. Durante el último período de sesiones de la Asamblea General y en nuestras reuniones de esta Comisión se han aducido argumentos, hechos y cifras que hacen demoronar esta pretensión francesa. No hace falta repetir estos datos y hechos porque quiero ser breve; pero se puede resumir todo esto, así como la fundamentación de la posición de Francia.

Francia dice que Argelia está dividida en departamentos franceses. Pero esto es una ficción. Francia ha venido utilizando este biombo jurídico para ocultar todas las leyes y prácticas que refutan la existencia de tal situación. Esto resulta evidente si se examina la posición francesa y la defensa técnica y jurídica tras la que quiere ocultar el que quiere reservarse la mayor libertad en Argelia. Este es un escudo para alejar la adecuada intervención de las Naciones Unidas. La realidad se ha recalcado repetidamente en los últimos dos años, sobre la base de la política francesa y de las declaraciones francesas, oficiales y extraoficiales.

El Gobierno francés ha disuelto todos los organismos gubernamentales representativos de Argelia, reconociendo el hecho de que el sistema representativo era allí una farsa. En muchas ocasiones se formularon llamamientos y promesas al efecto de que la base vergonzosa de la igualdad de ciudadanía, de representación y de asociación entre Argelia y Francia, se había conservado durante demasiado tiempo. Hay más confusión en Francia ahora que en cualquier otro momento del pasado sobre la cuestión de saber hasta qué punto el pueblo francés esta dispuesto a eliminar los obstáculos que han convertido a Argelia, tanto constitucional como administrativamente, en algo completamente diferente de cualquier otra parte de Francia.

La vaguedad de la posición gubernamental respecto de este punto y las reacciones de los distintos partidos y fracciones políticas ante estas propuestas son prueba evidente de que lo que se dice que ha venido existiendo durante todo este tiempo en realidad no ha existido jamás. Ni siquiera saben los franceses si están dispuestos a efectuar ahora esas reformas en el caso de que tuvieran la oportunidad de emprenderlas. Resulta, pues, absurdo hablar una y otra vez de esta teoría de la parte integrante, y de que los argelinos son franceses como cualesquiera otros. Los hechos son elocuentes y hablan por sí mismos. También lo son las declaraciones oficiales y extraoficiales francesas, que dicen que la cuestión de Argelia cae dentro de la competencia interna de Francia por todos estos motivos. Pero precisamente por ello no hay justificación para negar la competencia de las Naciones Unidas. Por el contrario, todos los hechos tienden a demostrar que Argelia es en verdad un territorio no autónomo, según los define el Capítulo XI de la Carta.

Durante el décimo período de sesiones, yo señalé a la Asamblea General cómo la propia Francia lo había reconocido y había clasificado a Argelia como territorio no autónomo. Ello resultaba evidente de la clasificación de los territorios africanos que aparece en el Anuario Estadístico de las Naciones Unidas. En tratándose de un territorio no autónomo, no se aplica, pues, la cláusula de la jurisdicción interna del Artículo 2.

La Asamblea tiene competencia para discutir el caso de Argelia por distintos motivos, algunos de los cuales siguen en pie independientemente de todo lo que se ha dicho en relación con la teoría de la parte integrante de Francia. Uno de estos motivos se basa en el Artículo 35, porque la situación en Argelia, de continuar, puede hacer peligrar la paz y la seguridad internacionales.

El representante de Francia se opuso en el Consejo de Seguridad a la inclusión del tema de Argelia, porque la situación allí no era de una naturaleza tal que pudiera llevar a una tensión internacional y cuya continuación pudiera hacer peligrar la paz y la seguridad internacionales.

El Primer Ministro francés, sin embargo, habló enfáticamente el 9 de enero sobre la existencia de tal tirantez internacional entre su país y cierto número de otros Estados, teniendo en cuenta la situación argelina. El atribuyó este hecho a los demás países que defienden el derecho de Argelia a la libre determinación e independencia. Naturalmente que él está mejor calificado que nadie para saber cual es el sentir de Francia. El Primer Ministro francés manifestó el sentir de Francia y no dejó abrigar ninguna duda sobre la presencia de esta tensión internacional. La continuación de esta tensión puede hacer peligrar la paz y la seguridad. Eso lo confirmó ampliamente la agresión francesa contra Egipto en noviembre del año pasado. Es cosa del dominio público y a la que la prensa internacional se refirió repetidamente diciendo que uno de los principales motivos por los que Francia conspiró con el Reino Unido e Israel para atacar a Egipto consistía en desquitarse con Egipto de Argelia. Puede decirse que este no era el único motivo, pero fué, en todo caso, el más importante.

Los franceses se sintieron perturbados por el apoyo moral que prestaron a los patriotas árabes distintas radioemisoras árabes y no árabes.

La actitud francesa fué la principal responsable de la agresión tripartita contra Egipto; o al menos, el papel francés en tal agresión.

Nadie puede restar importancia a la amenaza que significa para la paz y la seguridad internacionales este acto de agresión.

Es evidente que el Primer Ministro francés en sus propias declaraciones - aunque no existieran más motivos confirmatorios de que la Asamblea General y el Consejo de Seguridad tienen competencia - ha dicho lo suficiente para interpretar en esta forma la situación, en virtud del capítulo XI Artículos 34 y 35 de la Carta.

Según este argumento, también hoy que referirse al secuestro, por las autoridades francesas, de cinco dirigentes nacionalistas que eran huéspedes de Su Majestad el Sultán de Marruecos. Este acto de Francia puso en peligro las relaciones amistosas que existían entre Francia, por un lado, y Marruecos y Túnez, por otro. Hubo una ruptura de relaciones diplomáticas que no se reanudaron en el caso de Túnez sino hasta hace dos semanas. En el caso de Marruecos, el Ministro de Relaciones Exteriores buscaba la remisión del caso a la Corte Internacional de Justicia.

La reacción de los demás países árabes ante este acto y la tensión a que dió lugar en sus relaciones con Francia, han sido objeto ya de referencias.

Es importante tener presente que la tensión de que habla el Artículo 34 no es una fricción forzosamente inmediata, a consecuencia de cierta acción o inacción, sino que se trata de una tensión que puede cobrar fuerza gradualmente, como resultado de una serie de actos y de políticas de este tipo, cuyo efecto, naturalmente, tendrá que ser mirado a la luz de la situación general.

De ahí se desprende que muchos de los actos o declaraciones relacionados con Argelia, que de por sí pueden tener poco significado, adquirirán uno mayor al descansar sobre una base sólida. La situación de Argelia ha llegado a esa etapa en que actos y declaraciones continuados aumentan más todavía el carácter crítico y candente de la tensión.

Independientemente de los sentimientos de los países que se oponen a los actos de Francia en Argelia, todos los que han copatrocinado la presentación del tema de Argelia recuerdan las amargas palabras del representante francés, quien se refirió a ellos como a Estados que tienen prejuicios. Esta es una prueba evidente de los profundos sentimientos causados por la situación argelina y de como esta situación ha intensificado la corriente eléctrica que existe en el ambiente.

Téngase en cuenta, también, la posición geográfica de Argelia en relación con Túnez y Marruecos y los nexos culturales y religiosos entre ellos. No se olvide tampoco la llamada campaña de "pacificación", realizada por el ejército francés contra Argelia.

A la luz de todo esto sería poco realista esperar que Túnez y Marruecos no se preocupen gravemente por la situación argelina o que estos dos Estados hermanos puedan controlar las actividades de sus nacionales en relación con el nacionalismo argelino.

Sería ridículo reconocer el interés de Francia en Argelia independientemente de los Estados hermanos colindantes, Túnez y Marruecos. Seguramente la paz y la seguridad en Argelia no tienen menos importancia para ellos que para Francia, aunque por distintos motivos.

La política francesa en Argelia afecta indirectamente la paz y la seguridad de Túnez y Marruecos. Las razones expuestas por el Primer Ministro francés y por otros acerca de la actitud de Túnez y Marruecos hacia Argelia son una prueba adicional de que la situación en esta última no puede ya localizarse ni ser mirada tampoco únicamente desde el punto de vista de la jurisdicción nacional de Francia. Es un hecho que Francia misma ha reconocido la imposibilidad de mantener un monopolio sobre lo que sucede en Argelia, ahora que Marruecos y Túnez - vecinos inmediatos de Argelia - son independientes.

Francia ha reconocido el derecho y el interés de estos dos Estados en cuanto se refiere al desarrollo de un arreglo pacífico de la cuestión de Argelia.

El Sr. Mendes-France dijo el 9 de noviembre de 1956, según L'Express, que Argelia - cito - era estrictamente lo siguiente: "un problema común a para Francia, Marruecos y Túnez".

Indudablemente, cualquier problema que se reconoce común a tres Estados independientes no puede ser considerado como que compete esencialmente a la jurisdicción nacional de Francia.

El Profesor André Philip, miembro del Comité Ejecutivo del Partido Socialista francés, ha arrojado más luz sobre los aspectos internacionales de la cuestión argelina, acentuados por el secuestro por Francia de los cinco líderes argelinos.

En Le Monde, edición del 28-29 de octubre de 1956, podemos leer lo siguiente:

"Por otra parte, nuestras relaciones con Marruecos y Túnez se han agravado seriamente. Una revuelta popular, extremadamente difícil de canalizar, amenaza con desatarse. Esta revuelta amenaza con poner en peligro la existencia misma de los franceses que residen en esos países y puede obligarnos a recurrir a la intervención armada para asegurar su protección. Corremos el riesgo de ser arrastrados a nuevas operaciones militares y a la reconquista de Marruecos y de Túnez. Bien podemos preguntarnos si no fué este el verdadero objetivo de los responsables de ese acto..."

Nadie puede dejar de ver lo que se desprende de este análisis. Resulta evidente que lo que ocurre en Argelia ha tenido repercusión internacional y nadie puede pretender que siga dentro de la jurisdicción francesa. La Asamblea, por lo tanto, tiene que interesarse en arbitrar medios que permitan lograr pacíficamente la realización de las aspiraciones nacionales del pueblo argelino, de acuerdo con las estipulaciones de la Carta, permitiéndole que tenga la oportunidad de ejercer su derecho de autodeterminación, en el cual está incluido su derecho a la independencia. En esa forma las Naciones Unidas pondrán fin a una situación que compromete cada vez más el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales.

Uno de los Artículos de la Carta que asegura la competencia de la Asamblea es el 10, al cual se ha hecho referencia diciendo que es la clave del papel de la Asamblea. Dicho artículo la autoriza a discutir toda cuestión, dentro del ámbito de la Carta, y a hacer recomendaciones. Ese ámbito de la Carta incluye el Preámbulo y los Principios comprendidos en él, así como todo el articulado. Muchos representantes y comentaristas han manifestado que resulta difícil pensar en una sola cosa del campo internacional o que afecte las relaciones entre Estados que no pueda incluirse dentro de este ámbito general. No entraré en más detalles sobre la aplicación de este Artículo, por falta de tiempo.

La Asamblea también puede expedirse de acuerdo con el Artículo 14.

Ese Artículo declara a la Asamblea competente para tratar de recomendar medidas de reajuste pacífico de toda la situación, sea cual fuere su origen y siempre que esta situación pueda comprometer el bienestar general o las relaciones amistosas de las naciones.

La mayor parte de lo dicho sobre rozamientos internacionales, de acuerdo con los Artículos 34 y 35, se aplica en consonancia con el Artículo 14: situaciones que puedan llevar a rozamientos internacionales y situaciones cuya continuación pueda comprometer la paz y la seguridad internacionales.

Evidentemente, estas situaciones son susceptibles de comprometer el bienestar general y las relaciones amistosas de los pueblos. En este Artículo están incluidas también las situaciones resultantes de la violación de la Carta, entre las cuales, naturalmente, está el principio de igualdad de derechos y de libre determinación.

Casi todas las situaciones tratadas por la Asamblea desde la creación de esta Organización, contra las cuales se presentaron objeciones de acuerdo con el párrafo 7 del Artículo 2, se admitieron de acuerdo con los Artículos 10 ó 14, o con ambos. En muchos casos la resolución dependía de la decisión de la Asamblea; en otros, representaba un apoyo complementario. En general, se les ha dado una amplia y liberal interpretación.

Hay otros motivos que se alegan para apartar la cuestión argelina del párrafo 7 del Artículo 2. Se trata del criterio de que la jurisdicción interna deja de serlo en un momento dado, cuando las cuestiones tienen una repercusión internacional. Las repercusiones de la guerra argelina son perfectamente evidentes, según he dejado manifestado.

Otro argumento que debilita la cuestión de la jurisdicción interna es el que puede formularse sobre la base de las relaciones internacionales. La Corte Internacional de Justicia, al tratar la cuestión de Marruecos y de Túnez, describía cuál era la consideración de la jurisdicción interna. Dijo que el hecho de que una cosa corresponda a la jurisdicción interna de un Estado es una cuestión esencialmente relativa que depende del desarrollo de las relaciones internacionales. Las medidas que hubieran sido permisibles hace 100 años, hoy se considerarían como un ultraje al derecho internacional.

Este principio fué elaborado y detallado en la Comisión Política Especial al tratarse la cuestión de la discriminación racial en la Unión Sudafricana. Sobre esto presentó el Ministro de Relaciones Exteriores de Suecia un ejemplo pertinente

de cómo las cuestiones coloniales que en principio son cuestiones de jurisdicción interna de las naciones administradoras, han adquirido ahora carácter internacional.

Es práctica reconocida y establecida en las Naciones Unidas, que la cláusula de jurisdicción interna no debe interpretarse para ser ineficaz, a la luz de los Artículos que hablan de las repercusiones internacionales. Esa fué la opinión de la mayoría de los Estados cuando se impugnaba el Artículo 27.

He aquí algunos de los argumentos que afirman el propósito de la Asamblea en la cuestión que tratamos, fuera de toda duda. No vemos cómo sería posible refutar todos estos argumentos. No cabe duda que la Asamblea tiene competencia. Los precedentes existentes no dejan la menor duda de ello. Si la Asamblea desea ser consecuente consigo misma y si la regla del derecho que surge de los precedentes no ha de despreciarse, entonces debe rechazarse la declaración de incompetencia. En tales circunstancias, la Asamblea tiene la obligación de actuar.

Para terminar, desearíamos manifestar que no nos corresponde a nosotros evaluar la contribución que pretende haber hecho Francia en Argelia, ni tenemos que exponer cómo el pueblo argelino ha de reaccionar ante las reformas económicas y políticas que se le han prometido. No es ésta nuestra misión. Resulta tan difícil evaluar la contribución pasada, como tener confianza en las promesas para el futuro.

El pueblo argelino es el único que tiene que decidir esa cuestión. Nuestra intención es no desviarnos sobre la cuestión principal con argumentos sobre los hechos pasados o sobre las promesas para el futuro. La preocupación de las Naciones Unidas no debe desviarse del proceso de pacificación desencadenado por el Gobierno francés con sus fuerzas armadas para influir sobre el derecho del pueblo argelino a decidir estas cosas como cosas propias. Esto es lo esencial del problema argelino.

Los argelinos se han manifestado categóricamente por medio de sus representantes, los cuales fueron acogidos por Francia. Por lo tanto, esas cuestiones son secundarias. Lo primordial es el choque sangriento entre los argelinos, que quieren decidir ellos mismos su destino, y los franceses, que por la fuerza tratan de dictar a los argelinos cuál ha de ser su elección. He aquí la causa primordial de la revolución y de la guerra.

No es digno atribuir el deseo de libre determinación del pueblo argelino a la influencia comunista. A pesar de lo que puedan pensar algunos pueblos sobre el comunismo, hay muchos que se sentirán muy impresionados por el apoyo de ese movimiento o de cualquier otro movimiento al derecho del pueblo argelino a la libre determinación y a la libertad. Ese planteamiento con respecto a un movimiento nacionalista no es aconsejable; no corresponde al interés de ambas partes; tampoco interesa a la paz o a las Naciones Unidas.

Mi delegación no está de acuerdo con los que dicen que este planteamiento comprometería las relaciones y los intereses de Francia y de Argelia. No abogamos por tal perspectiva. Insistimos simplemente en que Francia debe reconocer el derecho del pueblo argelino a decidir la naturaleza de esas relaciones y de esos intereses y la manera como lograrlo de la forma mejor. Creemos que interesa a Francia reducir los elementos de discordia y de recelo.

No sería una victoria para Francia confiar sólo en la fuerza para imponer la solución del conflicto o para influir sobre tal solución. Francia, si así procediera, repetiría los mismos errores de los últimos 75 años de su administración argelina. Cuanto más justo y liberal sea el planteamiento del problema por parte de Francia, más firme y más sólida será la base de su amistad futura y de sus relaciones con Argelia.

La disyuntiva tal vez sería la que dijo el profesor Raymond Acrone ante el Consejo de la Unión Atlántica. Según el periódico Le Monde, del 18 de noviembre de 1956, dijo: "Si persistimos tenazmente en continuar nuestra actual política, vamos derechos a la catástrofe nacional, de proporciones tales, que el Tratado de París de 1753 parecerá glorioso en comparación".

No se pide a la Asamblea General que intervenga en los asuntos internos de Francia: se le pide simplemente que contribuya, con su influencia moral, para terminar una situación que ha llevado a casos graves de rozamientos internacionales y que pueden comprometer la paz mundial; y se insta a la Asamblea General a que contribuya, con decisión, a la terminación de un reino de terror y a la realización del ejercicio de la libre determinación del pueblo argelino, en consonancia con los Propósitos y Principios de la Carta de las Naciones Unidas.

La Asamblea General no puede apartar la vista de la realidad de la cuestión que tratamos; no puede olvidar cómo se ha producido el conflicto y cómo ha crecido en los últimos dos años; no puede hacer caso omiso de las consecuencias de este hecho sobre la situación en las relaciones entre Argelia y Francia y en la seguridad internacional. Por último, no puede hacer caso omiso de la intensificación futura de estos hechos y de todos sus demás aspectos. La Asamblea General no cumpliría con su responsabilidad si no defendiese las disposiciones de la Carta en cuanto a la cuestión argelina.

Sr. HANIFAH (Indonesia) (interpretación del inglés): Aunque la cuestión de Argelia no es nueva, en el sentido de que la lucha militante por la liberación se desarrolla desde el día 1.º de noviembre de 1954, este asunto fué traído a las Naciones Unidas en el mes de julio de 1955.

Esta es la primera vez que la Organización examina con seriedad el problema argelino, que preocupa tan vitalmente no sólo a los pueblos directamente interesados, sino a los pueblos de todo el mundo, que quieren que vuelva la paz y la libertad a aquella región. Por ello, mi delegación se siente agradecida de que la cuestión argelina reciba ahora la atención y el cuidado que merece.

También escuchamos con gusto en este caso, la opinión de la delegación de Francia, que es parte directamente interesada en este problema. No cabe duda alguna que esto puede beneficiar una mejor comprensión y puede llevar al restablecimiento de la paz en aquella parte del mundo.

Toda la historia de la cuestión y los sucesos actuales de ese desgraciado país, han sido analizados en forma amplia y brillante por el representante de Siria y por los demás oradores que me han precedido en el debate.

Por otra parte, el Ministro de Relaciones Exteriores de Francia nos ha dado la opinión de su Gobierno sobre la situación de Argelia. El Sr. Pineau nos habló de las reformas que Francia proyecta introducir, y habló del status jurídico especial de Argelia, de la tesis francesa de pacificación y de los principios básicos de su Gobierno para la solución del problema. En términos generales, el Sr. Pineau trató también la cuestión del nacionalismo y de su lugar en el mundo moderno.

Pues bien, en cuanto a las reformas que proyectan introducir en Argelia, nos hubiera gustado oír hablar de ellas hace 50 años o, por lo menos, 20 años. Si hay algo en que estamos de acuerdo con lo dicho por el Sr. Pineau, es que las reformas debieron haberse propuesto mucho antes; pero hablar ahora de reformas, cuando el pueblo pide la libre determinación, no sólo es una triste confesión de descuido, sino de una ceguera peligrosa ante el espíritu de libertad que aparece como ola creciente en el Asia y en Africa.

Es una invitación a la destrucción propia el permanecer insensible al hecho de que ha llegado el momento de dismantelar el mecanismo colonial, ahora desacreditado en Argelia y en otras partes del mundo, en lugar de ponerle parches para que parezca respetable y presentar reformas a un pueblo que pide la autonomía.

Tal vez sea cierto que se necesitan reformas en Argelia, al igual que en otros países que han sufrido mucho tiempo el régimen colonial. Pero, cabe preguntar por qué esas reformas no se realizan en una Argelia independiente y soberana, con la cooperación y la ayuda de la comunidad de naciones y, en particular, de Francia.

Fué en defensa de la continuación del colonialismo francés en Argelia, que el Sr. Pineau dijo a esta Comisión que, en el orden económico su país podía vivir sin Argelia, pero que esta última no podía vivir sin Francia.

Es lamentable escuchar declaraciones de este tipo en la era actual y, sobre todo, que se hagan en las Naciones Unidas, donde se trata de promover la cooperación económica entre naciones soberanas e independientes, para el bienestar general de este mundo interdependiente.

En nuestra opinión, las Naciones Unidas constituyen el centro privilegiado para mantener relaciones entre pueblos iguales, pero, por supuesto, el requisito previo para poder mantener esas relaciones, es el pleno reconocimiento de las aspiraciones nacionales legítimas de las naciones.

En cuanto a las aspiraciones nacionales de los argelinos, hemos escuchado el argumento de que no pueden satisfacerse por la situación especial que prevalece en ese país. Argelia, según esa opinión, tiene una condición jurídica propia, distinta a la de Marruecos y de Túnez antes de que logran su independencia. Aunque el carácter esencial de esta condición jurídica argelina no se ha aclarado nunca, sino que se ha visto envuelta en la confusión, tal vez la mejor respuesta a ello sería la declaración hecha por el Sr. Charles Ronsac, quien al referirse a la desigualdad entre franceses y argelinos, dijo en el periódico Le Franc Tireur, diario socialista francés, que "la integración de Argelia en Francia es una ficción que se desmoronaría si no encontráramos algo distinto".

Me temo que esa ficción ya se ha desmoronado, por lo que sugiero que lo que tenemos que encontrar es la manera de establecer relaciones pacíficas y de cooperación entre ambos países, sobre la base del reconocimiento del derecho de la nación argelina a la independencia y a la autonomía.

También parece haber confusión sobre la legalidad de la ocupación francesa. En efecto, en la declaración hecha por el Sr. Pineau ante esta Comisión, afirmó que Francia estaba en Argelia no por un derecho de conquista, sino por un real derecho de ocupación legítima; esto es, algo así como la ocupación de la tierra de nadie. Sin embargo, el año pasado el Ministro Residente de Argelia, Sr. Lacoste, declaró ante una entusiasta Cámara de Diputados que Francia no sería echada de una tierra donde se implantó por la fuerza de las armas. Pregunto si esto no es una conquista.

El Sr. Lacoste trató de justificar luego esta dudosa conquista por las armas, hablando de la misión civilizadora, de humanidad y de generosidad que su país había llevado a cabo en Argelia.

No deseamos impugnar ninguno de los beneficios que Francia ha podido haber conferido a Argelia por su ocupación, pero debo decir que la justificación de la conquista y de la ocupación, hablando de la mission sacrée, es una canción ya

Español  
AO/if

A/C.1/PV.837  
-64-65-

(Sr. Hanifah, Indonesia)

gastada por el tiempo, y agregaré que durante el largo coloniaje de mi país se trató de suprimir su cultura y su idioma, pero que los neerlandeses no estuvieron nunca tan civilizados como para tratar de convertir a los indonesios en neerlandeses musulmanes.

Como he dicho, la condición jurídica de Argelia parece estar envuelta en un velo de confusión, aunque para nosotros no hay duda sobre el hecho de que Argelia es una colonia que lucha por su libertad y su independencia. El representante de Francia ha explicado claramente por qué Argelia no puede ser Estado independiente, como sus dos vecinos, y ha basado esta explicación en la presencia de dos grandes comunidades, o sea la minoría europea y la mayoría argelina. Mi delegación no puede comprender este razonamiento. La presencia de una minoría, por grande que sea, no puede quitar a la mayoría el derecho legítimo de ser libre y autónoma.

¿No es acaso mucho más razonable y lógico que la minoría de origen europeo se haga argelina, ya que como dice el representante de Francia ha echado raíces en el país? ¿Por qué la mayoría de los argelinos ha de convertirse en franco-musulmanes? ¿Por qué no dar la oportunidad de que se otorgue nacionalidad argelina a la minoría europea que ha hecho de Argelia su país?

La cuestión de las dos comunidades que viven en Argelia es una que requiere una solución justa y razonable, que sólo puede encontrarse dentro de una Argelia independiente. Quiero señalar a la atención de los miembros de la Comisión lo inadmisibles que resultaría adherir al concepto de que una minoría pueda suprimir el derecho natural y legítimo de una mayoría.

La idea según la cual una minoría de europeos pueda proteger los derechos de la mayoría, es una idea que no puede aceptarse, puesto que no son los llamados a proteger tales derechos. Eso sin tener en cuenta cómo la minoría europea ha protegido los derechos de la mayoría de los argelinos, que siguen empobrecidos y sin educación. La propagación de esta idea falsa y de mentalidad colonial no puede menos que perturbar el entendimiento de todas las regiones del mundo y hace daño a los que se apegan a esa teoría, ya que lo que se requiere evidentemente en el mundo de hoy es desechar las viejas rencillas y echar nuevas bases de comprensión mutua y de confianza.

Por lo tanto, mi delegación lamenta profundamente esta formulación del concepto de la desconfianza que parece caracterizar la actitud francesa con respecto de Argelia, país con el cual debe tener las relaciones más amistosas una vez que éste sea libre.

Esta actitud de desconfianza la vemos claramente cuando examinamos la declaración del representante de Francia sobre el movimiento nacional de independencia. Por supuesto no nos sorprende encontrar que se le atribuye tanta importancia a las actividades del Partido Comunista Argelino, a pesar del hecho bien conocido de que en todos los países que han luchado o luchan por su liberación, los partidos nacionalistas desde la extrema derecha a la extrema izquierda se unen en la búsqueda de la independencia y de la autonomía. Sin embargo, es necesario destacar, ya que Francia subraya este aspecto del movimiento nacional de independencia, que no sólo el Partido Comunista Argelino es una rama del francés, sino que al margen de que le consideremos bueno o malo, sus presuntas actividades y su fuerza creciente sólo pueden atribuirse a la negativa continua de las aspiraciones nacionales del pueblo argelino.

Esta es la única conclusión que puede sacarse de la declaración del representante francés y si se desea hacer algo sobre las presuntas actividades del Partido Comunista Argelino, la solución es muy sencilla y evidente: dése al pueblo argelino el derecho a su libre determinación; satisfáganse sus aspiraciones nacionales.

En realidad, parece como si se nos pidiese que aceptásemos la tesis de que así como el partido comunista es peligroso en una colonia, no lo es ya en un país independiente como Francia, que se vanagloria de tener un partido comunista muy grande. Pero si aceptamos esa tesis en su valor nominal y no incluimos dentro de ella el concepto colonial; si aceptamos la tesis de que el comunismo es peligroso en Argelia mientras siga siendo colonia de Francia, entonces la respuesta es sencilla: dénse la libertad y la independencia a Argelia como a los dos Estados vecinos, donde la pregunta amenaza comunista parece haber desaparecido milagrosamente con la llegada de la autonomía y de la soberanía.

Nos vemos también ante la tesis francesa de la "pacificación", tesis que se basa en estacionar medio millón de soldados franceses, en crear víctimas, en derramar sangre y provocar, situación que ha creado ya millares de víctimas entre personal militar y civiles. De paso señalaré también que esas tropas francesas que luchan contra la libertad de Argelia están formadas por tropas de la legión extranjera y, en particular, de contingentes de la NATO. De manera que la propia NATO aparece involucrada en la represión

argelina. Los luchadores de la libertad son asesinados con armas de la NATO. Se las denomina armas defensivas, pero ¿de defensa contra quién? Contra la libertad y el derecho a la autonomía.

Esta tesis de la pacificación, como lo sabemos por experiencia los indonesios, no quiere decir otra cosa que guerra total contra una población que no pide más que el derecho a gobernarse a sí misma y a vivir como pueblo libre en la comunidad de naciones. En Indonesia había también campañas denominadas de "pacificación". En 1945, en 1946 y luego en 1948 se hicieron campañas que eran en realidad guerras contra los luchadores por la libertad, con el fin de dar un sentido tergiversado a la proclamación de independencia de Indonesia.

Pero el intento de echar atrás al reloj de la historia fracasó en Indonesia y fracasará también en Argelia. Sobre esto no tenemos la menor duda. Las aspiraciones nacionales de todo un pueblo no pueden aplastarse, ni siquiera con medio millón de soldados franceses; ni se les puede pacificar, como señaló el representante de Irlanda. Hay una fuerza que actúa en Argelia y que no puede negarse: la fuerza del nacionalismo. En este punto se puede repetir en parte la declaración del representante de Irlanda en respuesta a la afirmación del representante de Francia, quien dijo que el nacionalismo no tiene porvenir. Dijo el representante de Irlanda:

"Los países cuya nacionalidad no se discute pueden pensar en el nacionalismo creyendo que se puede llegar a formas más amplias de asociaciones; pero los países a los cuales se niega el nacionalismo, no pueden ver más allá de ese nacionalismo. En esos países el nacionalismo tiene un porvenir, en realidad, que ha de dominar todas las perspectivas y todo el pensamiento de esos países hasta que se satisfagan sus demandas esenciales".

Recordemos estas palabras; recordemos que, querramos o no, el nacionalismo absorberá toda la atención y las energías de una nación conquistada hasta que recobre su libertad e independencia. Hay que observar también que el nacionalismo, cuando se expresa con orgullo en la cultura y en la tradición nacional, y en el deseo de compartir ese pensamiento con otras naciones del mundo, servirá también para enriquecer a la comunidad y es plenamente compatible con la necesidad de una perspectiva internacional.

Pero ese nacionalismo constructivo e iluminado sólo pueden tenerlo los pueblos libres, cuyas aspiraciones nacionales hayan sido plenamente satisfechas.

En la Conferencia de Bandung de 1955, 29 países del Asia y del Africa libre se reunieron para buscar, no sólo una mejor comprensión en las cuestiones de interés mutuo, sino para lograr una conciencia de interdependencia entre los hombres y las naciones para conseguir el bienestar y la supervivencia en la tierra. Sí, entre las naciones y los pueblos libres. Nacionalismo e internacionalismo, conciencia de la sociedad propia y reconocimiento de la necesidad de cooperación internacional; éstos son elementos que van juntos y se enriquecen mutuamente. Sólo cuando el nacionalismo se ve frustrado, llevado por canales estrechos, sofocado, se convierte en improductivo en su desarrollo para conseguir la libertad nacional.

Las naciones libres de Asia y de Africa, participando entusiastamente en los trabajos de las Naciones Unidas y en los organismos especializados, así como en la Conferencia de Bandung, han demostrado que reconocen plenamente el hecho de que hoy vivimos en una hora en que es indispensable la cooperación mundial y regional para conseguir el bienestar y la supervivencia de la humanidad. Pero lo esencial es que esa acción común ha de basarse en la libre asociación de naciones libres e iguales; tiene que basarse, como nos ha enseñado la Francia de la Revolución, en el consentimiento dado libremente por los pueblos libres.

Al tratar de desacreditar al nacionalismo sin discriminación alguna, el representante de Francia hizo algunas referencias a mi país. Lamentamos esas observaciones y no comprendemos la vinculación que puedan tener con el tema de la cuestión de Argelia que consideramos. Por eso, no he de referirme a esas circunstancias en forma extensa, sino que diré simplemente lo siguiente: Indonesia se ve enfrentada con muchos problemas, problemas que, por otra parte, son comunes a otros países insuficientemente desarrollados; problemas que son herencia de los efectos destructores e invalidadores de siglos de subyugación colonial, de años de guerra colonial.

Estamos convencidos, sin embargo, de que con nuestros esfuerzos - y esperamos que con la comprensión y la simpatía de otras naciones - podamos encontrar la solución de esos problemas, que no son otra cosa que los dolores de crecimiento

de nuestra nueva nacionalidad, los cuales no son desconocidos para otras naciones del mundo en condiciones similares a las nuestras. Pero una cosa es cierta, y es que sólo nosotros podemos resolver nuestros problemas derivados del logro de la independencia y de la liberación, y ello debido a que nuestro pueblo ha alcanzado la dignidad y la razón de su vida, que sólo puede venir del restablecimiento de la libertad y de la independencia.

No tenemos dudas respecto a que el pueblo argelino logre sus aspiraciones nacionales. Lo único que está en juego es hasta cuándo ha de seguir tanto derramamiento de sangre y de destrucción, hasta cuándo han de subsistir los odios y las enemistades antes de que prevalezca la razón. Lo único que nos interesa en este aspecto es encontrar el camino de la cooperación y de las condiciones precisas para alcanzar una paz justa en aquel desgraciado país arrasado por la guerra.

Por lo tanto, mi delegación sugiere humildemente que el primer paso para la solución de este problema sería una declaración clara e inequívoca por parte de Francia reconociendo el derecho del pueblo argelino a la autonomía y a la libertad. Es éste un requisito sine qua non. Después de esto, deberían llevarse a cabo negociaciones entre los verdaderos representantes del pueblo argelino y Francia sobre la base del reconocimiento francés de la nación argelina y, al mismo tiempo, un acuerdo de cesación del fuego. El acuerdo de cesación del fuego, en nuestra opinión, debería ser aplicado y garantizado por un gobierno argelino provisional y por Francia. En tercer lugar, ese gobierno provisional argelino y Francia deberían negociar y elaborar un acuerdo respecto a las relaciones futuras entre ambos Estados independientes e iguales. Por último, después de elaborarse ese acuerdo, podrían llevarse a cabo elecciones libres y democráticas para crear un gobierno nacional.

Quiero subrayar que mi delegación no cree que puedan llevarse a cabo esas elecciones antes de aplicarse las otras medidas que he esbozado. Las elecciones en un país que no está en guerra, sino bajo el dominio de otra Potencia, y de una Potencia que es parte en el conflicto, no pueden ser libres y democráticas. Unas elecciones en tales condiciones no tendrían sentido en cuanto al verdadero problema, cual es el de que Argelia resurja como nación y que se restablezca la dignidad humana de ese pueblo.

Para terminar, quiero hacer nuevamente un llamamiento al Gobierno de Francia para que reconozca esa corriente de la historia y trate de encontrar una solución equitativa al problema trágico allí planteado, en forma armónica con las fuerzas irresistibles de una nación que quiere su libertad y su independencia. Argelia, en última instancia, logrará la libertad; pero corresponde a Francia decidir la manera de cómo ha de lograr esa libertad. Y eso sólo puede conseguirse por medio de un espíritu de comprensión y de respeto hacia esa nación, reafirmando la dignidad de la persona, la igualdad de los derechos de las naciones y de todos los pueblos y derecho al propio gobierno.

Se levanta la sesión a las 17.40 horas.